

DEL TIEMPO MEDIDO A LOS TIEMPOS VIVIDOS

Cristina Carrasco¹

Universidad de Barcelona

Albert Recio²

Universidad Autónoma de Barcelona

Fecha de recepción del original: 8 de abril de 2014

Fecha de aceptación en su versión final: 2 de junio de 2014

RESUMEN

El artículo analiza la mercantilización que se ha hecho del tiempo en las sociedades capitalistas; suponiéndolo homogéneo, cuantificable y transformable en dinero. Aspectos todos ellos que favorecerían la deseada "productividad". En consecuencia, los tiempos dedicados a actividades que caen fuera de las fronteras del mercado han quedado subordinados y determinados por el tiempo de trabajo mercantil; asunto que afecta de manera distinta a mujeres y hombres en razón de los distintos roles sociales asignados en una sociedad patriarcal. Como alternativa, se plantea enfocar la organización de los tiempos sociales desde la sostenibilidad de la vida, otorgando centralidad a los tiempos que caen fuera de la órbita del mercado, particularmente a los tiempos dedicados al cuidado de la vida.

Palabras clave: *tiempo, trabajo, cuidado, sostenibilidad.*

ABSTRACT

The article analyses the commodification of time in capitalist societies, supposing it is homogeneous, quantifiable and transformable into money. All these aspects favour the desired "productivity". Consequently, time dedicated to activities that fall outside the boundaries of the market have been determined and subordinated by paid work time. This issue affects men and women differently because of the different social roles assigned in a patriarchal society. Alternatively, we propose to focus the organization of social time from sustainability of life, giving centrality to time that falls outside the sphere of the market, particularly time spent in life caring.

Key words: *time, work, care, sustainability.*

¹ cristinacarrasco@ub.edu

² albert.recio@uab.cat

INTRODUCCIÓN

No disponer de tiempo o no saber qué hacer con el tiempo son manifestaciones contradictorias que se escuchan actualmente en nuestras sociedades industrializadas. La primera es utilizada por muchas de las personas ocupadas en el mercado, fundamentalmente por las mujeres adultas con responsabilidades de cuidados; la segunda representa en general una situación más dramática, la de las personas desempleadas o personas mayores que se encuentran solas. Todo en conjunto significa una muy mala organización del tiempo social. Sin embargo, a las personas en paro no les molestaría pasar a ocupadas con falta de tiempo ni tampoco eso les molesta a muchas de las que están ocupadas. Y es lógico, el trabajo de mercado da dinero –necesario en nuestras sociedades capitalistas para vivir- y, en algunos casos, prestigio social. Ahora bien, el no disponer de tiempo es distinto para mujeres y para hombres. Para las primeras la angustia de tiempo viene dada por la denominada doble presencia, que implica responsabilidad, tiempo y energías puestas en dos tipos de trabajos muy diferentes. Para los segundos, su falta de tiempo viene dada fundamentalmente por una larga –necesaria o no- jornada laboral.

La nefasta organización social de los tiempos y la subordinación de los tiempos de vida –que caen fuera de las fronteras del mercado- a las necesidades de la producción capitalista es una realidad de nuestras modernas sociedades que afecta notablemente al bienestar de las personas³. Unas porque no tienen empleo y otras por el malestar que crea no disponer del tiempo deseado para actividades que caen fuera de la órbita mercantil. Centrarse explícitamente en el análisis del tiempo, su organización y distribución, ofrece una nueva perspectiva sobre el empleo, el trabajo de cuidados, el bienestar, las distintas relaciones de poder y las desigualdades.

El objetivo de este artículo es contribuir a pensar la transición otorgándole una nueva significación al tiempo: deconstruir algunas de sus dimensiones creadas socialmente para satisfacer necesidades del sistema patriarcal capitalista y recuperar dimensiones más ligadas al sostenimiento y cuidado de la vida, trascendiendo su vertiente cuantitativa. Una reflexión sobre el desarrollo de un orden social más sostenible debe considerar el tiempo como una componente fundamental. Por tanto, se trata de realizar un desplazamiento de enfoque: desde el tratamiento del tiempo basado en sus aspectos cuantitativos directamente relacionados con el dinero propio de una sociedad patriarcal capitalista, hacia una perspectiva que tenga en cuenta todos los tiempos de vida, tomando como eje central los tiempos de cuidado y como objetivo el bienestar de las personas. Tomar como referente los tiempos de cuidado obliga a diferenciar explícitamente entre tiempos de hombres y tiempos de mujeres ya que son estas últimas las que asumen mayoritariamente el cuidado viéndose más perjudicadas con la organización social actual de los tiempos. De hecho una de las contribuciones más relevantes del feminismo del siglo XX fue la visibilización del trabajo doméstico y de cuidados, la importancia del mismo para la calidad de vida de las personas por sus aspectos materiales y sus dimensiones psicológicas y emocionales y las dificultades de las mujeres para realizarlo cuando asumen la doble jornada. Por tanto, ampliar la mirada, apartándonos de la estrecha mirada de las perspectivas económicas más tradicionales⁴, permite comenzar a visualizar alternativas viables. Por ello el artículo se inicia con un breve recordatorio de momentos históricos significativos en relación al concepto de tiempo que dan cuenta de la construcción cultural que se ha hecho de dicho concepto. Y, sabemos que todo lo cultural es susceptible de modificación.

³ En realidad el conjunto de todos los tiempos, incluido el tiempo de trabajo mercantil, conformarían el tiempo de vida. Sin embargo, la forma capitalista de organizar el tiempo de trabajo –sobre el cual las personas no pueden tomar decisiones- hace que parte importante de la población perciba que "comienza a vivir" una vez acabada la jornada laboral.

⁴ Aunque con diferencias, las distintas escuelas de economía han situado su objeto de estudios dentro de las fronteras del mercado; siendo las únicas excepciones la economía ecológica y la economía feminista.

EL TIEMPO COMO CONSTRUCCIÓN SOCIAL

El tiempo es un concepto multidimensional. A lo largo de la historia, se han acercado a él autores y autoras desde diferentes perspectivas: filosófica, económica, histórica, física, discutiendo sobre distintos aspectos tales como medidas, percepciones, ritmos naturales, etc. El tiempo no es algo que tenga existencia propia, sin embargo, por el uso continuado del término y del concepto pareciera que de hecho la tuviese. Hablamos del tiempo como si fuese un objeto real con capacidad física de ser medido. Las personas crean el tiempo a través de sus acciones y de esta manera el tiempo pasa a formar parte de la estructura de sus acciones habituales. El problema deriva de la construcción social que se ha hecho de él al intentar aprehenderlo como tiempo medido en minutos, horas, días, años, etc. a través del reloj y del calendario (Elias 1984).

El tiempo ha sido la referencia que los pueblos han hecho a lo largo de la historia para simbolizar o captar el transcurso de acontecimientos, la relación entre periodos de algún tipo de fenómeno que se va repitiendo. Acontecimientos que viven mujeres y hombres y de los cuales también son parte. El tiempo como símbolo es importante, cumple la función de orientación y de situación histórica tanto de las personas como de las sociedades. Sin embargo, "cuando los símbolos en el curso de su desarrollo han adquirido un altísimo grado de adecuación con la realidad, los hombres se enfrentan a una dificultad especial para distinguir entre símbolo y realidad (Elias 1984: 33).

El tiempo, entendido como la relación entre posiciones y periodos de procesos que están en continuo movimiento, tiene dimensiones físicas y dimensiones sociales: por una parte, procesos que tienen lugar en el contexto de la naturaleza y que guardan relación directa con los tiempos ecológicos y, por otra, procesos que tienen lugar en el contexto de la sociedad y que guardan relación directa con la vida cotidiana de las personas. Los tiempos ecológicos -relacionados con las condiciones de reproducción del medio- y los tiempos dedicados al cuidado de la vida han colaborado a entender que las personas viven inmersas en procesos naturales y sociales.

Originalmente, para identificar la duración de un hecho o proceso, las personas utilizaban ciertos fenómenos naturales que se repitiesen con características análogas, como los movimientos del sol⁵. Ciclos del sol, de la luna o los planetas que existieron siempre independientemente de la voluntad de mujeres y hombres y de sus intentos de definirlos o apropiarlos. Así, antes de sus posibles mediciones, el tiempo emerge como ciclos repetitivos con pautas reconocibles: día y noche, crecimiento y decadencia, nacimiento y muerte. Más aun, en culturas primitivas, a través de sus dioses se llegó a identificar el tiempo con elementos naturales como el sol y la luna o el fuego y el agua (Adam 2004).

Thompson (1967) nos ofrece muchos ejemplos de mediciones del tiempo relacionadas con fenómenos de la naturaleza o con procesos habituales del trabajo o de tareas domésticas. Respecto a los primeros, los pueblos agrícolas utilizaban, entre otros, los movimientos del sol o de la luna y los pueblos pescadores, las mareas (bajamar o pleamar). Cada uno organizaba su tiempo social ajustado a los mecanismos naturales, integrando de alguna manera sus vidas a dichos ritmos. Cuando los tiempos se medían con ciclos laborales, se consideraba la sucesión de una serie de tareas diarias consecutivas. También Thompson nos muestra otras formas de medir el tiempo aunque siempre referidas a algún proceso conocido, cotidiano y repetido. Por ejemplo, en el Chile del siglo XVII había tiempos que se medían en número de rezos, "credos" o "avemarías".

⁵ Aún conservamos algunos dichos antiguos que muestran el uso de fenómenos naturales como expresión de periodos temporales: "se trabaja de sol a sol", "se levanta antes del amanecer". Marilyn Waring, en su película *Who's Counting?*, para conocer el tiempo dedicado a las distintas actividades diarias realizadas por habitantes de regiones no industrializadas, utiliza un dibujo donde se señalan las distintas posiciones del sol a lo largo del día; las personas responden relacionando las distintas tareas con la posición del sol.

La forma de trabajo hasta el siglo XVII era bastante irregular, marcada por las condiciones naturales. Si había mal tiempo, no se podía trabajar en tareas agrícolas o no se podía salir a pescar. Así, las personas acostumbraban a realizar distintos trabajos durante el día, ya fuesen fuera o en el interior del hogar, pasando de uno a otro e intercalándolos con tiempos de ocio según las necesidades y los condicionamientos naturales. Forma de trabajo que hoy pueden tener algunos sectores como los artistas o, de alguna manera, el profesorado universitario. Sin embargo, hay tareas que requieren alguna sincronización. Sincronización que era leve mientras la producción respondía a pequeños talleres, pero que aumentará notablemente en el proceso conocido como de industrialización. De ahí que Mumford afirme que la principal dificultad en las nuevas industrias será enseñar a los seres humanos a renunciar a sus desordenados hábitos de trabajo y a amoldarse a la regularidad invariable de la máquina. Cuestión a la que la iglesia no será ajena.

"Mientras tanto los campanarios habían hecho su aparición y los nuevos relojes, aun cuando hasta el siglo XIV no tuvieron cuadrantes y agujas que tradujeran los movimientos del tiempo en movimientos en el espacio, de todas maneras daban la hora.... Posteriormente dicho instrumento se propagó fuera del monasterio y las horas dadas regularmente por las campanas sometieron la vida del trabajador y la del mercader a la regularidad" (Mumford 1934: 49).

Con el surgimiento y consolidación de las sociedades industriales la percepción y concepción del tiempo sufrió cambios importantes. El tiempo quedó mucho más ligado a las necesidades de la producción capitalista: el trabajo remunerado no vendrá determinado por las estaciones del año (tiempo de siembra, de cosecha, ...) ni por la luz solar (se podrá trabajar independientemente de si es de noche o de día). Con la presencia del reloj, el tiempo quedará disociado de los ritmos de los planetas y las estaciones, de la experiencia y la memoria. Esta ruptura con los ciclos naturales afectará notablemente a las personas, tanto física como psíquicamente. Y, aunque nunca el tiempo de la máquina ha podido reemplazar al tiempo del cuerpo humano; en las fábricas las personas han sido tratadas como apéndice de la máquina cuando han sido sincronizadas al tiempo reloj (Adam 2004). En los inicios, los trabajadores ofrecieron resistencia a las nuevas situaciones, pero finalmente acabaron por incorporar en la cultura del trabajo la aceptación de jornadas establecidas sin consideración de las necesidades de los cuerpos. La aparición del reloj como forma de medida del tiempo -aunque su introducción fue lenta- marcará un punto de inflexión tanto en la capacidad de explotación laboral por parte de los empresarios como en condicionamientos sociales y culturales de la población⁶.

Ahora bien, la mayor sincronización que requería la empresa del siglo XVIII no fue un proceso neutral, no necesariamente tenía que haberse desarrollado exigiendo una mayor explotación. La férrea disciplina en el trabajo se fue imponiendo utilizando el reloj como instrumento de control, pero también ayudado por el profundo cambio cultural motivado por nuevas estructuras de poder y una nueva ideología impuesta desde los patrones y legisladores y desde las instituciones religiosas (Thompson 1967). El discurso social y moral sobre el ahorro de tiempo, el no malgastar el tiempo, el desprecio hacia los tiempos de ocio y hacia los tiempos improductivos de descanso, etc. fue calando ayudado por la educación basada también en el aprendizaje de no perder el tiempo, utilizando para ello férreos horarios y exigencias escolares. "La pérdida de tiempo llegó a ser para los predicadores religiosos protestantes uno de los pecados más odiosos. Perder el tiempo deleitándose en los placeres que procura la sociabilidad o aun en el sueño, era una cosa reprensible" (Mumford 1934: 95). Finalmente, los trabajadores fueron aceptando los nuevos hábitos de trabajo imponiéndose todos los controles sobre el tiempo de trabajo.

⁶ Mumford (1934) explica que muchos patrones robaban el tiempo de los trabajadores haciendo sonar el silbato de la fábrica un cuarto de hora antes de la hora de inicio de la jornada o adelantando las agujas del reloj durante el almuerzo.

EL TIEMPO DINERO

En las sociedades industriales, el tiempo de trabajo -como fuente importante en la obtención de beneficio- será concebido como recurso escaso y será mercantilizado, es decir, asumirá la forma de dinero (Adam 1999). Cabe recordar que -aunque no de forma explícita- el control, la regulación y la explotación del tiempo de trabajo están en la base de la idea de plusvalía de Carlos Marx. El valor de cambio abstracto y descontextualizado de las mercancías es el tiempo, y a través de este tiempo el trabajo puede ser convertido en dinero. Simbolizado en dinero, el tiempo entra en los cálculos económicos. Es considerado un coste de oportunidad: el tiempo utilizado en una actividad no "productiva" o produciendo a ritmo lento, representaría una pérdida económica. En consecuencia, el asunto que se plantea es cómo aprovecharlo al máximo, de la mejor manera posible; mayor velocidad en el trabajo significará un ahorro de tiempo y una mayor eficiencia. Eficiencia relacionada con mecanismos de racionalización y de control del tiempo. Sin embargo, hay que tener en cuenta que la racionalización y la eficiencia suelen ser beneficiosas para la empresa pero no suele ser una ventaja para las personas trabajadoras ya que los múltiples tiempos de vida (relaciones familiares, cuidados, amistades, etc.) tienen que ser sincronizados con los tiempos de trabajo remunerado.

En los procesos de racionalización del tiempo, la teoría neoclásica ha jugado un papel determinante. Su teoría del capital humano, considera el tiempo humano un recurso escaso por estar prefijado en la persona y un factor fundamental en la adquisición de capital humano: "el límite económico último de la riqueza no está en la escasez de bienes materiales, sino en la escasez de tiempo humano" (Schultz 1980: 642). El desarrollo económico dependerá fundamentalmente del capital humano que, a su vez, dependerá del tiempo humano. De esta manera, el valor del capital humano aparece vinculado al valor (precio) del tiempo humano, que en razón de su escasez, se convierte en un aspecto crítico en los análisis del comportamiento humano. Para dicha teoría, el tiempo es homogéneo, tiene precio de mercado de acuerdo al "capital humano" de la persona y es asignado a nivel individual a las distintas actividades. En consecuencia, los tiempos no mercantiles se hacen invisibles y sólo pueden llegar a ser reconocidos en la medida de que sean susceptibles de tener un referente mercantil, en cuyo caso quedarán también conceptualizados como dinero.

Al tiempo mercantilizado se le supone entonces homogéneo, cuantificable y transformable en dinero (Adam 1999). Se presenta alejado de los ciclos de vida, de las estaciones naturales, de las percepciones, de las emociones, en general, de todo aquello que es vida con mayúsculas más allá del trabajo bajo relaciones capitalistas. Solo con el tiempo reloj los comportamientos humanos pudieron ser racionalizados, eliminando de ellos toda expresión emocional. El tiempo "dinero" ha logrado influir notablemente nuestra cultura y nuestra vida social industrial y está tan profundamente incorporado en nuestras pautas de comportamiento que casi todos los aspectos de la vida cotidiana están guiados por su expresión práctica. El conocido dicho "el tiempo es oro" refleja esta percepción. Sin embargo, la gravedad del problema no termina en la explotación a través del tiempo de trabajo industrial, sino que este último va a determinar el resto de los tiempos sociales y de vida. A través del largo proceso de industrialización se van a ir construyendo y estableciendo las características que van a ir convirtiendo el tiempo industrial en eje social central alrededor del cual pivotarán el resto de las actividades (Torns y Miguelez 2000). Es decir, "el" tiempo como elemento único no existe, más bien existe "un" tiempo dominante o una representación dominante del tiempo. En consecuencia, el tiempo mercantilizado, gestionado desde las empresas, es el tiempo central, prioritario, considerado más importante que otros. Es dominante en cuanto ha sido impuesto a las personas y ha pasado a formar parte de la cultura, quedando el resto de los tiempos mediatizados y evaluados en relación a ellos. Cualquier grupo o sociedad que se desvíe o cuestione esta norma no explícita será considerado retrógrado o poco moderno. Es lo que (Adam 2004: 136) denomina "el tiempo como herramienta colonizadora".

Los debates sobre el trabajo doméstico que tienen lugar en el feminismo en los años setenta son el punto de partida de investigaciones sobre el tiempo de trabajo y el tiempo de vida. Se consideran todos los tiempos que caen fuera de la órbita mercantil, especialmente los tiempos dedicados al trabajo doméstico y de cuidados; "tiempos donados, generadores de reproducción" en palabras de Adam (1999). Estos incluyen tiempos necesarios para la vida: cuidados, afectos, mantenimiento, gestión y administración doméstica, relaciones y ocio, ...que, más que tiempo medido y valorado en dinero, son tiempo vivido, con un componente difícilmente cuantificable. "La donación de tiempo aparece como opuesta a las relaciones en las que el tiempo puede ser intercambiado entre personas o por dinero, como en el caso de las relaciones de empleo" (Adam 1999: 10)⁷. La donación se daría en tipos de relaciones no mercantiles: padres, madres e hijos/as, personas cuidadoras y personas cuidadas, parejas, amigos/as, etc. Así, la dicotomía "tiempo dinero/tiempo donado" puede reflejarse directamente en otra dicotomía, la que representa la contradicción "capital/vida". Y, si en los inicios de los debates se intenta dar valor al trabajo doméstico reflejándolo en el trabajo asalariado, posteriormente se rechaza el análisis del trabajo realizado desde los hogares tomando como referente el trabajo de mercado -concepto de trabajo abstracto productor de mercancías- que no permite dar cuenta de las actividades más propias y distintivas del trabajo doméstico, particularmente las actividades de cuidados con sus connotaciones subjetivas y emocionales (Borderías et al. 1994). La velocidad en la ejecución de las tareas y la eficiencia que de ella se deriva tan valorada en el trabajo industrial, no tiene sentido en el trabajo realizado desde los hogares, básicamente, en los trabajos de cuidados directos o en cualquier actividad que requiera la presencia compartida de personas (Himmelweit 1995). En estas situaciones, la única manera de aumentar la "productividad" sería reduciendo la calidad del servicio. Se plantea así la necesidad de trascender la dicotomía trabajo/no-trabajo como única manera de lograr el reconocimiento de las especificidades de la experiencia femenina; insinuando que el referente social y económico al cual debieran orientarse nuestras sociedades serían las actividades de cuidado y no el trabajo de mercado (Himmelweit 1995). Este desplazamiento del eje y objetivo social y económico representaba ya un profundo cambio de paradigma. Estas nuevas perspectivas sobre el tiempo y el trabajo pusieron de manifiesto las relaciones de poder y la desigualdad de género que se esconden detrás de la forma mercantil de valorar el tiempo⁸.

TIEMPOS DE HOMBRES, TIEMPOS DE MUJERES

El desarrollo de la industrialización favoreció la creciente separación física del espacio donde se desarrolla la producción de mercado y el espacio donde se cuida la vida. El aumento cada vez mayor del trabajo asalariado implicó otros cambios relevantes: la mayoría de las familias pasaron a depender de un salario, las mujeres pasaron a depender económicamente del marido⁹ y la realización de los trabajos doméstico y de cuidados pasó a depender de tener o no tener un empleo o autoempleo, ya que este proporciona los ingresos necesarios para realizar el resto de las actividades. Y cada vez más se fue imponiendo el modelo familiar conocido como *male breadwinner* (hombre responsable de aportar el dinero al hogar y la mujer responsable del cuidado de las personas del hogar) o modelo del hombre "ganapán" en su versión castellana. La separación física de los espacios donde se desarrollan los distintos trabajos favoreció que ambos procesos -trabajo mercantil y trabajo doméstico y de cuidados- se presentaran como procesos

⁷ También hay que recordar la existencia de sectores de la población, cuyos tiempos no son susceptibles de mercantilización y, por tanto, no transformables en dinero. Casos claros son los tiempos de algunos grupos de población no activa: el tiempo de juego de un niño, el tiempo de las personas ancianas o enfermas; incluso el tiempo de personas que podrían ser activas pero por alguna razón socioeconómica han sido excluidas social y/o laboralmente: mendigos, presos o personas jubiladas (anticipadas). Diríamos, en general, algo así como el tiempo de aquellas personas "cuyos activos no tienen valor de mercado". Es decir, personas que pueden tener "activos" como la "producción de generosidad o afecto" que al no estar valorados por el mercado, sus tiempos no son mercantilizables.

⁸ Al respecto se pueden consultar los artículos recogidos en el libro de Borderías et al. 1994, Folbre 1994, Bonke 1995, Del Re 1995, Himmelweit 1995.

⁹ Hay que insistir en que las mujeres de clase obrera han participado en el mercado de trabajo desde los inicios de la industrialización, entre otras razones, porque los salarios de los hombres no eran suficientes para el mantenimiento de la familia y las mujeres debían "completar" el salario masculino. Pero con su propio salario, las mujeres también lo tenían muy difícil para subsistir.

paralelos e independientes¹⁰. Así, tanto el nexo entre el cuidado de la vida y la producción capitalista como la dependencia de esta última en el trabajo realizado en los hogares para cuidar a las personas y reproducir la fuerza de trabajo, permanecieron ocultos ... y continúan así.

El modelo familiar impuesto, traducido a términos de organización social de los tiempos, se podría considerar como una situación "óptima", tanto desde la ideología patriarcal como desde el objetivo capitalista. Las mujeres desarrollan sus actividades en un tiempo invisible y no reconocido, que, aunque determinado en parte desde la organización de la producción mercantil, no está gobernado por criterios de mercado. Los hombres, en cambio, liberados de obligaciones relacionadas con el cuidado de la vida, disponen de un tiempo visible y valorado para cubrir las necesidades de la empresa. Estas desigualdades han sido fundamentales para el mantenimiento social. En el simbólico social, el tiempo de los hombres se divide en tiempo para el trabajo asalariado y tiempo de ocio o de descanso (lo conocido como modelo 3x8 que, de hecho representa un modelo masculino). Las mujeres, en cambio, en cuanto cuidadoras presentan una disponibilidad las 24 horas del día; sus tiempos son tiempos donados y generados, no disponen de tiempo propio –entendido como aquel sobre el cual se pueden tomar decisiones–, sus tiempos son compartidos, relacionales, articulados con otros tiempos significativos. Situación, esta última, que les representa enormes dificultades a la hora de tener que tomar decisiones sobre su empleo y su futuro. Federici (2004) ha mostrado cómo las necesidades de la producción capitalistas exigieron una nueva organización familiar y un nuevo control sobre los cuerpos de las mujeres. Y, para ello, se requirió un cambio de valores, un nuevo simbólico sobre el cual sostener la nueva organización social necesaria para el desarrollo del sistema.

Con la creciente participación femenina en el mercado de trabajo y la escasa respuesta social y masculina ante este cambio de cultura y comportamiento de las mujeres (incremento en la tasa de estudios e importante caída de las tasas de fecundidad), éstas últimas asumirán la doble jornada y el doble trabajo desplazándose continuamente de un espacio a otro, solapando e intensificando sus tiempos de trabajo (Carrasco 2001). Tiempos que vienen determinados por un lado, por las exigencias de la producción mercantil y, por otro, por los requerimientos naturales de la vida humana. Requerimientos que cuando se trata de cuidados directos a personas dependientes por razones biológicas (menores, mayores o persona con algún problema funcional) son de una enorme rigidez: no se pueden agrupar, exigen horarios bastante fijos, etc. Las mujeres –una vez realizadas todas las posibilidades de reducir el trabajo familiar doméstico– intentarán participar en el mercado laboral sin dejar de atender a las necesidades del cuidado de la vida. Lo cual ha representado una intensificación notable de su trabajo¹¹, una reducción del tiempo de ocio –utilizado como variable de ajuste– y, una reducción del tiempo dedicado a satisfacer sus necesidades personales, fundamentalmente, el tiempo de descanso. Pero sobre todo, ha significado que las mujeres van a vivir en su propio cuerpo la enorme tensión que significa la doble presencia: el solapamiento de tiempos y el continuo desplazamiento de un espacio a otro. Tiempos y espacios que presentan lógicas de actuación radicalmente diferentes, que responden a dos culturas del trabajo con valores totalmente opuestos: la consecución del beneficio por una parte, el cuidado de la vida por otra (Borderías et al. 1994).

Las mujeres, mayoritariamente, supeditarán el trabajo de mercado a las necesidades –biológicas, relacionales y afectivas– planteadas por las personas del hogar o de la familia amplia, particularmente en presencia de personas que no tienen capacidad de satisfacer sus necesidades básicas. Los hombres, en cambio, mayoritariamente continuarán con su dedicación prioritaria –y muchas veces exclusiva– al mercado. Al contrario de las mujeres, para estos últimos, el referente principal sigue siendo el trabajo

¹⁰ El modelo de familia "male breadwinner" nunca ha sido un modelo generalizado, aunque en el simbólico social siempre ha sido considerado como el modelo de referencia.

¹¹ De acuerdo con la información de la Encuesta de Empleo del Tiempo (EET) 2009/2010 (INE 2011), las mujeres, como tiempo social, realizan diariamente entre trabajo de mercado y trabajo doméstico y de cuidados 6 horas 1 minuto y los hombres 4 horas 58 minutos.

remunerado al cual ofrecen una total disponibilidad de tiempo. De esta manera, los requerimientos de cuidados directos en el hogar se convierten para los hombres en una variable residual y ajustable a su objetivo principal: la actividad mercantil pública. En la situación actual de paro generalizado, la situación de los hombres en relación a los trabajos presenta algunos cambios, pero no son tan importantes como podría esperarse o suponerse dada la disponibilidad de tiempo de los hombres sin empleo¹²; lo cual muestra que la escasa participación de los hombres en los cuidados no responde fundamentalmente a una falta de tiempo sino a razones patriarcales más profundas que determinan los roles de mujeres y hombres.

TIEMPO FLEXIBLE: ¿QUÉ, CÓMO, CUÁL, PARA QUIÉN?

La visión de la jornada laboral dominante (incluso de muchos de los defensores de la "racionalización de la jornada laboral") es de una jornada laboral compacta de 40-44 horas de trabajo en 5-6 días de trabajo y fines de semana libres. Este modelo de referencia nunca ha sido universal. En la industria hace bastantes años que funcionan sistemas de turnos de mañana, tarde y noche (a menudo rotativos) y en los servicios siempre han proliferado empleos con horarios particulares. Pero si en el pasado esta pauta laboral fue realmente el elemento de referencia, ha perdido su importancia a medida que se han ido imponiendo las políticas de flexibilidad laboral, dentro de un contexto más general de políticas de flexibilidad. No es que el reloj haya dejado de regular nuestras vidas, sino que ahora lo hace de una manera diferente, seguramente más estresante para muchas personas.

Como toda otra política la flexibilidad temporal ha sido presentada como una alternativa racional para la organización de la vida social. Y se ha planteado no sólo como una demanda de la sociedad sino como una oportunidad para que las personas concilien su vida laboral mercantil y su vida personal. Analizadas con detalle, sin embargo las políticas de flexibilidad tienen mucho más que ver con la rentabilidad del capital que con la vida de la gente (Anxo et al. 2012). Las razones que las hacen atractivas al capital son diversas pero evidentes: adecuar el uso de la fuerza de trabajo (y los costes salariales) a las fluctuaciones a corto plazo de la demanda les permite: organizar una amortización más intensiva del capital fijo, cubrir las bajas y ajustes de personal sin recurrir a plantilla adicional y/o adecuar su tiempo operativo a circunstancias temporales especiales. En el crecimiento de esta demanda de flexibilidad laboral por parte de las empresas han jugado un papel importante los cambios en la organización del trabajo orientados a reducir el ajuste vía existencias (producción "justo a tiempo"), la diferenciación de productos y el acortamiento de su ciclo de vida y, sobre todo, el ensanchamiento de los servicios que en muchos casos generan demandas horarias muy específicas. Se trata sin duda de políticas orientadas en primer lugar a garantizar la rentabilidad privada.

Los efectos que estas medidas de flexibilidad tienen para las personas son diversos, ni todo el mundo es igual ni todas las políticas se desarrollan con la misma intensidad. En los casos más tolerables el resultado es una cierta exigencia de adaptación de la vida personal a los cambios horarios con cierta previsibilidad y capacidad de negociación, en otros (como suele ocurrir en el sector de la distribución) se pierde el control completo de los tiempos en beneficio de decisiones empresariales a corto plazo y en otros se fuerza a trabajar en horarios que suponen una completa disrupción de la vida cotidiana. Un efecto adicional de la flexibilidad temporal es la amplia difusión del empleo a tiempo parcial, diseñado para cubrir actividades de corta duración en momentos puntuales (puntas de actividad o cubrir necesidades con horarios específicos). Los empleos a tiempo parcial son presentados como una "oportunidad" para conciliar la vida laboral y familiar, pero en la práctica no son otra cosa que una nueva versión de la tradicional división laboral

¹² Comparando la información de la EET (2002/2003) con la información de la EET (2009/2010), se observa que los hombres como media social han aumentado el tiempo dedicado a trabajo doméstico y de cuidados en 24 minutos, pero la diferencia entre mujeres y hombres en el tiempo dedicado a este tipo de trabajo sigue siendo notable, 4 horas 7 minutos ellas y 1 hora 54 minutos ellos.

patriarcal en que las mujeres son confinadas a combinar este tipo de empleos con su actividad doméstica, una versión "moderna" de la antigua presencia de las mujeres de clase obrera en actividades mercantiles marginales (servicio doméstico por horas, trabajo a domicilio, etc.). Además, en el peor de los casos, la realización de jornadas a tiempo parcial en horarios indeseados (como la concentración de actividades de limpieza a primera hora de la mañana y última de la tarde) se convierte en una nueva complicación para la "conciliación". Sin contar además el impacto distributivo que tiene la proliferación de este tipo de actividades de jornada reducida: ingresos muy bajos que se convierten en vidas imposibles cuando las personas carecen de otras fuentes de ingresos en la unidad familiar (O'Reilly y Fagan 1997).

La lógica de la flexibilidad temporal entraña también, en otros casos, la imposición de largas jornadas de trabajo y disponibilidad plena por parte de otro tipo de personas. Algo más habitual a medida que se asciende en la escala laboral, puesto que se supone que los empleados de alto nivel son "profesionales" o sea personas que tienen como centro de su vida el ejercicio de un empleo mercantil. La imposición de este modelo de dedicación tiene efectos sobre su vida personal (un profesional difícilmente se ocupará de las actividades domésticas, ni participará de una vida social activa fuera de su curriculum central) lo que refuerza tanto la división sexual del trabajo como las desigualdades de clase. Como la dedicación plena compite con la vida personal, la división tradicional resulta más adecuada para el equilibrio profesional (las multinacionales consideran menos atractivos a los directivos con esposas con empleos profesionales o regulares, pues generan más problemas a la hora de cambiar de lugar de trabajo), las mujeres profesionales están siempre bajo la sospecha de que pueden acabar dando más peso a la vida doméstica (lo que forma parte de los problemas del tipo "techo de cristal"). Y por otra parte la gestión de la vida personal de estos profesionales "full time" refuerza el desarrollo de empleos mal retribuidos de elevada flexibilidad horaria.

Este planteamiento dominante de la flexibilidad temporal -el de la sumisión del tiempo de las personas a la lógica de la rentabilidad- tiende a ignorar que la vida de las personas se desarrolla en pequeñas comunidades, en relaciones sociales a lo largo del ciclo vital. Cada periodo vital presenta unas determinadas características y unos determinados condicionantes dependiendo de la edad, el sexo, la salud, etc. Son demandas (básicamente de cuidados, pero también de ocio, relaciones, emocionales y necesidades personales) a las cuales también hay que dar respuesta. Actividades que en conjunto dan sentido a la vida y donde los tiempos no necesariamente se miden en tiempo reloj, aunque quedan afectados por la distribución horaria de los tiempos mercantiles. Son tiempos de relación, de aprendizaje, de acompañamiento psicoafectivo, que puede manifestarse con distinta calidad o intensidad. En consecuencia, mientras más flexible e/o impredecible sea el modelo de empleo, mayores problemas de organización para las personas afectadas, mayores dificultades para coordinar las exigencias de los dos espacios, los tiempos flexibles con aquellos que no lo son.

En definitiva, la flexibilidad dominante es sólo una flexibilidad para el capital, no una reorganización del conjunto de actividades sociales orientadas a que la vida cotidiana pueda encajar con la lógica de la vida mercantil (o con la lógica de la producción heterónoma).

TIEMPO DE TRABAJO, TIEMPO DE VIDA

La necesidad imperiosa de coordinar distintos tiempos en la vida cotidiana hace pensar que más que hablar del tiempo, se debería hablar de los tiempos. Tiempos heterogéneos caracterizados por importantes diferencias que impiden considerar como perfectamente intercambiables unas horas y otras. Las razones de esta heterogeneidad tienen que ver con diferentes situaciones: los condicionamientos que establecen los ciclos naturales sobre el género humano, las costumbres y convenciones sociales en la forma de satisfacer determinadas necesidades humanas -aquellas que tienen un elevado componente relacional (pautas de comida ...)- y el carácter colectivo de muchas actividades sociales (Recio 2002, 2004).

Además, el tiempo manifiesta distintas dimensiones: existe un tiempo que podemos definir como más objetivo, susceptible de ser medido y cuantificado, regulador de las distintas actividades de las personas. Como se vio anteriormente, este tiempo objetivado es el que en nuestras sociedades capitalistas ha tomado la forma de dinero. Pero también existe un tiempo más subjetivo, difícilmente medible, entendido como aquel que no se materializa en ninguna actividad concreta, está destinado a tareas invisibles, pero que reclaman concentración y energías de la persona (Murillo 2001). Más aún, existe una segunda dimensión de la subjetividad que incorpora aspectos mucho más intangibles, representados por la subjetividad de la propia persona, materializados en la experiencia vivida. Aspectos que tienen que ver con los deseos puestos en la organización de la vida y en las relaciones y que dan sentido a la vida cotidiana. Un tiempo significativo que representa el carácter social de la experiencia, nunca desligado de la experiencia misma. Aspectos del tiempo, todos ellos cualitativos, que quedan ocultos bajo las medidas cuantitativas (Carrasco et al. 2003).

Tampoco los tiempos son iguales en cuanto a importancia o reconocimiento social, hay unos más privilegiados que otros. El tiempo mercantilizado presenta una clara prioridad sobre los tiempos que caen fuera de la órbita mercantil: preside y determina el resto de los tiempos bajo una organización productivista y masculina. Bajo esta lógica, se difuminan las dimensiones más cualitativas del tiempo, aquellas más propias de la experiencia femenina ligadas al ciclo de vida y el correspondiente cuidado de las personas (Adam 1999). En particular, las visiones tradicionales de economía no consideran en su marco analítico el tiempo que corresponde al trabajo doméstico y de cuidados. Ahora bien, esto no es un simple olvido, ya que no considerar las distintas acepciones del tiempo y resaltar sólo la dimensión cuantificable, es una manifestación más de la desigualdad entre mujeres y hombres.

En términos más concretos y teniendo en cuenta solo el tiempo susceptible de ser medido, se observa que la mayoría de las personas en su vida cotidiana realiza una serie de actividades que requieren una cierta cantidad de tiempo; y muchas de ellas una, cierta coordinación. En este sentido, el reloj no es solo un medio para llevar cuenta de las horas, sino también para sincronizar las acciones de las personas (Recio 2002, 2004). En primer lugar, se puede nombrar el tiempo dedicado a satisfacer las necesidades personales y/o de las personas del hogar. Se trata del conjunto más importante de actividades que se realizan durante el día, cada día durante 365 días al año, lo que habitualmente se denomina trabajo doméstico y de cuidados¹³. Actividades muy variadas destinadas a proveer de bienes, servicios, afectos y relaciones a las personas para hacer posible una cierta calidad de vida. Algunas de ellas son inseparables de la relación afectiva que implican y, en consecuencia, no tienen sustituto de mercado (no pueden ser valoradas a precio de mercado) ni sustituto público o, en algún caso, malos sustitutos. Este tiempo de trabajo no puede disminuir por debajo de unos mínimos estrictamente necesarios sin afectar el desarrollo integral de las personas como tales. Las restantes actividades son aquellas que producen bienes y servicios que pueden ser sustituidos por el mercado o el sector público. El grado de sustitución dependerá del nivel de ingresos del hogar y de la oferta de servicios públicos de cuidados¹⁴. En algunas actividades del trabajo doméstico y de cuidados el tiempo necesario es bastante rígido, en un doble sentido. Por una parte, como se señaló más arriba, existe un tiempo mínimo difícil de disminuir y, por otra, hay tiempos que no son agrupables ni pueden realizarse en cualquier horario, por ejemplo, los horarios de comida de una criatura. El tiempo dedicado a este trabajo así como la intensidad del mismo, depende de los ingresos del hogar, de los cambios técnicos y de la estructura del hogar; siendo determinante en esta última la presencia en el hogar de personas dependientes por razones de edad o de salud.

¹³ En este conjunto estaríamos incluyendo la satisfacción de necesidades personales que no requieren trabajo como el tiempo de dormir o de comer.

¹⁴ Esta separación del trabajo familiar doméstico en dos componentes es naturalmente una abstracción teórica, difícil de realizar en la práctica. Por una parte, no es posible señalar el tiempo que implica cada una de ellas ya que para cada persona puede ser distinto pero, por otra, a nivel individual aunque cada persona sepa qué actividades no tienen para ella sustituto de mercado, éstas tienen fronteras difusas y, por tanto, tampoco puede cuantificarse con un número exacto de horas.

En segundo lugar, se puede señalar el tiempo dedicado al ocio y a las relaciones personales. A diferencia del anterior, este tiene un fuerte grado de flexibilidad, de hecho, habitualmente se utiliza como "variable de ajuste" del tiempo de trabajo doméstico y de cuidados: un aumento de este último reduce rápidamente el tiempo de ocio, particularmente, el de las mujeres. La importancia de este tiempo radica en la naturaleza sociable de las personas. En términos generales, las relaciones personales satisfacen las necesidades emocionales, afectivas y comunicativas y tratándose del ámbito familiar, se tejen redes de apoyo mutuo que cubren distintas necesidades a lo largo de la vida.

El tiempo que denominamos de participación ciudadana también es bastante flexible. Incluye tiempo dedicado a todo tipo de trabajo voluntario: participación en asociaciones, partidos políticos, trabajo voluntario directo, etc., que comprenden actividades diversas que generan importantes grados de satisfacción y sentido de la realización personal y son fundamentales para la construcción de redes de integración y cohesión social. Una sociedad más participativa representa una sociedad más democrática, mejor informada y con mayor influencia en las decisiones políticas.

El tiempo de trabajo mercantil dependerá naturalmente del desarrollo tecnológico pero también y, posiblemente en mayor medida, dependerá de otros aspectos de orden más social e institucional: de la organización laboral, de las relaciones de poder entre trabajadores(as) y empresarios(as), del papel del sector público, de las pautas sociales de consumo, de la situación socio-política general y de la cultura masculina del trabajo de mercado. Normalmente, la jornada negociada o impuesta por las relaciones laborales, es bastante rígida en el sentido de que la persona individual no puede optar por un número de horas de trabajo elegidas a voluntad, ni tampoco puede elegir la distribución de las horas a lo largo de la semana, el mes o el año. Si ha existido un cierto grado de flexibilidad, ha sido por lo general marcado desde la empresa.

Hay otros tiempos que aparecen muy ligados al trabajo mercantil. Son los tiempos de estudio y reciclaje y los tiempos de transporte al lugar del empleo o del estudio. Respecto al primero, nuestras sociedades cada vez exigen más estar en continuo proceso de aprendizaje, al cual dedicamos una cantidad importante de tiempo durante la vida. En relación al segundo, dependiendo de la distancia de la vivienda al lugar de trabajo mercantil, el tiempo de desplazamiento puede ser considerable. Sobre este tiempo no siempre hay posibilidades de elegir, ya que afecta el nivel de renta, los costes de la vivienda, las actividades de las distintas personas del hogar, etc. Es un tiempo que no siempre es considerado y que puede generar cansancio más allá del generado por la actividad mercantil.

Ahora bien, muchas de las actividades señaladas no se realizan de forma individual sino de forma relacional o comunitaria. Actividades de ocio o de participación ciudadana generalmente implican grupos, redes o asociaciones de personas. Actividades de cuidados directos implican la presencia simultánea de dos o más personas. En todas estas diversas actividades pueden presentarse problemas para realizarlas dependiendo de las jornadas laborales. Como se advirtió, los tiempos de trabajo mercantil (horarios, jornadas) determinan el resto de los tiempos, que deben organizarse a partir de la distribución en horas, días o año del tiempo remunerado. Esta centralidad del tiempo remunerado, impide generalmente poder realizar en condiciones adecuadas el resto de las actividades, teniendo consecuencias importantes en la calidad del trabajo de cuidados y en la vida de las mujeres que mayoritariamente lo realizan.

En consecuencia, si se tiene en cuenta, por una parte, los procesos de flexibilización de la producción –definidos como una nueva racionalización del tiempo– que supuestamente beneficiarían a trabajadoras y trabajadores al permitirles un mayor poder de decisión sobre su organización laboral y familiar y, por otra, los cambios experimentados por el modelo familiar y las rigideces que exigen las tareas de cuidados, la flexibilización impuesta desde la empresa está implicando una prácticamente imposible "conciliación" entre los tiempos dedicados a actividades mercantiles y aquellas que se desarrollan al margen del mercado. De aquí que podrán alcanzar mayores niveles de satisfacción aquellas personas que tengan una jornada

laboral cuyo perfil sea más adecuado a la realización de otras actividades. Ahora bien, lo anterior no funciona igual para hombres y mujeres. La dedicación a las actividades de cuidado y mantenimiento de la vida, además de estar condicionadas por las jornadas laborales, vienen determinadas básicamente por razones de género. Así, es fundamentalmente la población femenina la que experimenta no sólo dificultades considerables para estructurar sus vidas, sino también una continua tensión y contradicción al solapar tiempos de dimensiones tan diferenciadas. Una difícil –si no imposible- organización de los tiempos que afecta notablemente en el bienestar de las persona, particularmente de las mujeres. Carpintero y Riechmann (2013) señalan que las investigaciones sobre el bienestar han mostrado que este depende fuertemente de dimensiones que no son mercantilizables y que el incremento del consumo reduce la disponibilidad de tiempo para las relaciones sociales y familiares que son fuente de calidad de vida.

HACIA UNA "GRAN REORGANIZACIÓN" DEL TIEMPO

Una manera distinta de enfocar el tema de la organización social de los tiempos es desde la perspectiva de la sostenibilidad de la vida humana. Sostenibilidad entendida como proceso multidimensional

"que no sólo hace referencia a la posibilidad real de que la vida continúe –en términos humanos, sociales y ecológicos-, sino a que dicho proceso signifique desarrollar condiciones de vida, estándares de vida o calidad de vida aceptables para toda la población" (Bosch *et al.* 2005: 322).

Un concepto que permite dar cuenta de la profunda relación entre lo económico, lo ecológico y lo social, que sitúa a la economía desde una perspectiva diferente, que considera la estrecha interrelación entre las diversas dimensiones de la dependencia y, en definitiva, que plantea como prioridad las condiciones de vida de la población. Una sociedad que parte de la premisa de que la prioridad está en los estándares de vida de las personas, en la calidad de vida de mujeres y hombres de todas las edades, reconoce la actividad de cuidados como central, lo cual implica en términos de tiempos una ruptura del modelo establecido.

La perspectiva de la sostenibilidad de la vida humana considera dos dimensiones que en el análisis deben plantearse interrelacionadas a riesgo de desvirtuar el objetivo. Por una parte, las posibilidades reales de reproducción social, que implica entre otras, la reproducción económica, ecológica, social y humana y, por otra, el desarrollo de condiciones de vida adecuadas para toda la población, definidas de manera democrática y en equidad. En ambas dimensiones, los tiempos aparecen como una componente fundamental. La reproducción social exige tener en cuenta los tiempos necesarios de todos los procesos de reproducción tanto humanos como económicos y ecológicos y el bienestar de la población depende en parte importante de los tiempos de cuidado. En consecuencia, el tiempo dedicado a trabajo doméstico y de cuidados es una pieza clave tanto en los procesos de reproducción como en la determinación de las condiciones de vida de la población.

Desde esta perspectiva se llega rápidamente a la conclusión de que el modelo socio-económico actual es un modelo imposible. Por tanto, es urgente pensar sobre cambios significativos, a la vez que considerar pequeñas actuaciones, movimientos o políticas que puedan conducirnos a una transformación radical. La ideología dominante –y las normas sociales adquiridas y enraizadas que de ella se derivan- hacen difícil concebir otros modelos de sociedad y otras formas de comportamiento. En el caso que nos ocupa, se trataría primero de eliminar la idea de tiempo/dinero, tiempo/reloj o tiempo/oro y pensar en nuevas formas de organización del tiempo y del trabajo venciendo las ideas profundamente interiorizadas sobre lo que se considera "natural" para mujeres y hombres, sobre los tiempos dedicados a cada actividad y sobre el valor atribuido a los distintos trabajos.

Hay que resignificar los conceptos de trabajo y de tiempo orientándolos hacia la reproducción social y el bienestar de la población, es decir, hacia la sostenibilidad de la vida. El trabajo da sentido a la vida formando parte de la naturaleza humana y, en particular, el trabajo de cuidados es fundamental para que

la vida continúe. Es urgente cuestionar el modelo vigente que sitúa el trabajo de mercado como eje de nuestras vidas y pensar un mundo común para mujeres y hombres más allá del discurso dominante y más allá de la simple idea de igualdad. Desarrollar otra manera de mirar el mundo, otra forma de relación con el mundo, donde la economía se piense y realice para las personas. Anteponer la lógica de la vida frente a la lógica del capital. Un cambio de paradigma que exige una reorganización de los tiempos y los trabajos (mercantil y de cuidados), cambios en la vida cotidiana, una nueva estructura de consumo y de producción y, por supuesto, un cambio de valores. Una sociedad que parta de la premisa de que la prioridad está en los estándares de vida de las personas, en la calidad de vida de mujeres y hombres de todas las edades, en el buen vivir, reconociendo la actividad de cuidados como elemento central.

Una economía para la vida centrada en las personas exige considerar la parte emocional de mujeres y hombres. El privilegio que se ha concedido a la razón ha hecho olvidar la parte emocional del ser humano. Sentir y vivir las emociones ha sido considerado un signo de debilidad (femenino), por tanto, casi una vergüenza para los hombres, que debían cumplir los valores patriarcales impuestos. Nos hemos socializado dando valor a lo establecido por el grupo dominante (los hombres): el poder en el mundo público, la eficacia tecnológica, el individualismo, etc. y despojando de todo valor a la experiencia femenina basada en los cuidados, la solidaridad, los vínculos, los deseos, las emociones. Nuestra sociedad "no da valor social a las emociones ni a los vínculos humanos (a pesar de necesitarlos de forma imprescindible y por tanto de actuarlos en las vidas personales)" (Hernando 2012: 140). Esta misma autora sostiene que a medida que se desarrollaba el uso de la razón asociado al poder masculino, los hombres se aseguraban su dimensión emocional manteniendo relaciones con mujeres quienes eran las especialistas en el sostenimiento de los vínculos, las emociones y las permanencias; pudiendo satisfacer así su doble identidad, la pública/individual movida por la razón y valorada socialmente y la relacional, desvalorizada en el discurso y en el simbólico social. A todo este proceso no es ajena la economía a través de su personaje representativo, el *homo economicus*. Hernando (2012) critica a la academia por contribuir a legitimar la idea de pensar con la lógica del discurso del poder que niega la importancia de los vínculos y la emoción; con lo cual estaría colaborando con el sostenimiento de un orden patriarcal, que se resiste a reconocer la función de sostener la vida que han cumplido las mujeres en la historia.

Sabemos que el universalismo es una trampa, que los valores dominantes son los propios del grupo dominante que los impone a toda la sociedad, apareciendo finalmente como universales. Siendo los hombres los que han construido el discurso en una sociedad patriarcal, solo será reconocido socialmente el espacio que dominan –el espacio público regido por la razón– logrando que no solo para ellos sino para el resto de la sociedad, la otra parte del mundo fuese invisible. Siendo fiel a esta construcción patriarcal, las perspectivas tradicionales en economía solo han valorado e identificado como su objeto de estudio, el espacio mercantil capitalista, manteniendo en un limbo invisible todo el trabajo doméstico y de cuidados realizado fundamentalmente por las mujeres.

Urge, por tanto, diseñar una nueva política (con mayúscula)¹⁵ de los tiempos basada en algunas consideraciones. En primer lugar, se debe tener en cuenta la totalidad de las actividades de las personas y de la realidad social, considerando todas las experiencias que dan sentido a la vida: los distintos trabajos, los tiempos de ocio, de participación social, etc. que constituyen un todo imposible de analizar por separado; actividades que no solo requieren una determinada cantidad de horas sino también una cierta distribución recordando que muchas actividades exigen la coordinación con el tiempo de otras personas. En particular, no tiene sentido –a riesgo de obtener resultados sesgados– analizar el trabajo de mercado sin considerar simultáneamente el trabajo doméstico y de cuidados (Carrasco y Mayordomo 2000). Pero

¹⁵ Decimos política con mayúscula para referirnos a asuntos discutidos democráticamente y propuestas aceptadas colectivamente. Las leyes a que estamos habituados/as normalmente no cambian el simbólico, aspecto fundamental para un cambio de estructura y valores sociales.

la economía nunca le ha otorgado a este último categoría económica, manteniéndolo al margen de los tiempos reconocidos. Así, las mujeres como grupo humano, quedan sometidas a las estructuras de los tiempos controlados por el reloj. Este "olvido histórico" no es casual. Al estar los trabajos asignados por sexo, otorgarle centralidad y poder a los tiempos mercantilizados asignados socialmente a la población masculina, es sin duda el reflejo de una sociedad patriarcal.

Por otra parte, parece también necesario establecer prioridades. Si el objetivo es el bienestar de la población, el tiempo dedicado a trabajo doméstico y de cuidados que tiende a satisfacer las necesidades básicas, debe ser considerado esencial. Los malabarismos que actualmente realizan las mujeres para poder compaginar ambos trabajos está afectando notablemente a su salud (Amoroso et al. 2003). Disponer de cierta libertad para organizar y gestionar los propios tiempos es una fuente importante de bienestar. Lo cual exige estudiar las necesidades de cuidados (biológicos y emocionales) de las personas a lo largo del ciclo vital y los tiempos (duración y distribución) que se requieren, considerando la tipología de hogares, la participación del sector público, la implicación de mujeres y hombres y los aspectos demográficos; de estos últimos dependerá en parte importante las necesidades sociales de cuidados. Un cambio en esta línea implica una reducción en el tiempo dedicado a trabajo remunerado, asunto conflictivo que habrá que tratar vigilando de no afectar, al menos en los comienzos, a las personas de menores recursos. La consecuencia es que también se reducirá el consumo, lo cual incita a realizar una doble reflexión. Una, sobre qué bienes estamos consumiendo y cuáles son realmente necesarios y dos, los bienes de consumo requieren de recursos naturales, que no son infinitos y de los cuales dependen directamente nuestras vidas (NEF 2012).

En tercer lugar, es imprescindible partir de un punto de vista igualitario en el sentido de posibilitar a todas las personas un mismo nivel básico de disponibilidades de tiempo. Ello supone que todas las personas puedan disponer de un tiempo de ocio, participación ciudadana o actividades formativas que vayan más allá de los tiempos dedicados a los distintos trabajos. La necesidad de un planteamiento igualitarista es totalmente pertinente y necesario en una sociedad con fuertes desigualdades por razones de género, clase y/o etnia. En general, los horarios y jornadas más largas y difíciles de compaginar se presentan en los grupos de población socialmente más frágiles. Interesa insistir en las desigualdades en el uso del tiempo entre mujeres y hombres y recordar que disponer de más tiempo libre no garantiza la asunción de responsabilidad en las tareas del hogar por parte de los hombres. En este sentido, si se quiere una ruptura con el modelo social actual, es crucial un proceso de resignificación de mujeres y hombres más allá de una sociedad patriarcal (Mora 2013: 74), un cambio de simbólico que conduzca a valorar socialmente las actividades de cuidados que dan sentido a la vida y que las mujeres han realizado a lo largo de la historia.

Repensar la organización de los tiempos desde la perspectiva señalada puede conducir a establecer un nuevo modelo social, una nueva relación entre la estructura productiva ajena al hogar y la vida socio-afectiva de las personas y un nuevo marco social que establezca nuevas formas de relación capital-vida y mujeres-hombres; aunque todo ello no será posible sin un cambio profundo de los valores transmitidos por la ideología patriarcal capitalista. Se requerirá aprender a vivir de otra manera, dando valor y reconocimiento a las actividades hasta ahora invisibilizadas sin tener que vivir con rapidez intentando ser en todo momento "personas productivas" movidas y (auto)controladas por el tiempo reloj. Dicho en palabras de E.P.Thompson ya en el año 1967,

"Si van a aumentar nuestras horas de ocio, en un futuro automatizado, el problema no consiste en "cómo podrán los hombres *consumir* todas esas unidades adicionales de tiempo libre ... sino que los hombres tendrán que reaprender algunas de las artes de vivir perdidas con la Revolución industrial: cómo llenar los intersticios de sus días con relaciones personales y sociales más ricas, más tranquilas; cómo romper otra vez las barreras entre trabajo y vida" (Thompson 1967: 449)

BIBLIOGRAFÍA

- Adam, Barbara (1999): "Cuando el tiempo es dinero. Racionalidades del tiempo y desafíos a la teoría y práctica del trabajo", *Sociología del Trabajo*, 37, otoño, pp. 5-39.
- Adam, Barbara (2004): *Time*. Cambridge: Polity Press
- Amoroso, María Inés et al. (2003): *Malabaristas de la vida. Mujeres, tiempos y trabajos*, Barcelona: Icaria Editorial.
- Anxo, Dominique, Fagan, Colette, Cebrián, Inmaculada y Moreno, Gloria (2006): "Patterns of labour market integration in Europe- a lifecourse perspective of time policies", *Socio Economic Review* 5, vol. 2, pp. 233-260.
- Anxo, Dominique, Franz Christine and Kümmerling, Angelika (2012): Working time and work-life balance in a life course perspective Eurofound, Belfast
- Bonke, Jens (1995): "Los conceptos de trabajo y de cuidado y atención: una perspectiva económica", *Política y sociedad*, 19, pp. 19-31.
- Borderías, Cristina, Carrasco, Cristina y Alemany, Carme (1994): *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales*, Barcelona: Fuhem-Icaria.
- Bosch, Anna, Cristina Carrasco y Elena Grau (2005). "Verde que te quiero violeta. Encuentros y desencuentros entre feminismo y ecologismo", en Enric Tello, *La historia cuenta*. Barcelona: Ediciones El Viejo Topo.
- Bosch, Gerhard and Lehndorff, Stephen (2005): *Working in the Service Sector. A tale from different worlds*. Routledge, London
- Carpintero, Óscar y Riechmann, Jorge (2013): "Pensar la transición: enseñanzas y estrategias económico-ecológicas", *Revista de Economía Crítica* Nº 16, pp. 45-107.
- Carrasco, Cristina (2001): "La sostenibilidad de la vida humana: ¿un asunto de mujeres?" *Mientras Tanto*, nº 82, pp. 43-70.
- Carrasco, Cristina et al. (2003). *Tiempos, trabajos y flexibilidad; una cuestión de género*. Madrid: Instituto de la Mujer, Colección Estudios Nº 78.
- Carrasco, Cristina y Mayordomo, Maribel (2000): "Los modelos y estadísticas de empleo como construcción social: la encuesta de población activa y el sesgo de género", *Política y Sociedad*, Nº 34, pp. 101-112.
- Del Re, Alisa (1995): "Tiempo de trabajo asalariado y tiempo del trabajo de reproducción", *Política y sociedad*, 19, pp. 75-81.
- Elias, Norbert (1984). *Sobre el tiempo*. Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Federici, Silvia (2004). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de sueños, 2010.
- Folbre, Nancy (1994): *Who Pays for the Kids?* Roudledge. London and New York.
- Hernando, Almudena (2012). "Teoría arqueológica y crisis social". *Complutum*, vol. 23 (2), pp. 127-145.
- Himmelweit, Susan (1995). "The Discovery of "Unpaid Work": The Social Consequences of the Expansion of "Work". *Feminist Economics*, 1(2), pp. 1-19.
- Mora, Laura (2013). "El trabajo con sentido en proceso constituyente". *Papeles*, Nº 122, pp. 67-77.
- Mumford, Lewis (1934). *Técnica y civilización*. Buenos Aires: Emecé, 1945.

Murillo, Soledad (2001): "Pacto social o negociación entre géneros en el uso del tiempo laboral" en Cristina Carrasco (ed.), *Tiempos trabajos y género*, Barcelona: Edicions Universitat de Barcelona. pp.151-164.

New Economics Foundation (2012). *21 horas. Una semana laboral más corta para prosperar en el siglo XXI*. Barcelona: Icaria Editorial.

O'Reilly, Jacqueline y Fagan, Colette (1997): *Part-time prospects. An international comparison of part-time work in Europe, North America and the Pacific Rim*. Londres: Routledge.

O'Reilly, Jacqueline y Fagan, Colette (1997): *Part-time prospects. An international comparison of part-time work in Europe, North America and the Pacific Rim*. Routledge, London

Recio, Albert (2002). "La jornada laboral: una cuestión multiforme" en Garcia Lasso, Agustín y Sanguinetti, Wilfredo *Sindicatos, cambios económicos y sociales*, Ediciones Universidad de Salamanca. pp 161-186.

Recio, Albert (2004). "Aspectos económicos de la flexibilidad laboral, *Trabajo* Nº 13 (1), pp. 59-80.

Schultz, Theodore (1980): "Nobel Lecture: The Economics of Being Poor", *Journal of Political Economy*, 88 (4), pp. 639-651.

Thompson, Edward Palmer (1967). "Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial", *Costumbres en común*. Barcelona: Editorial Crítica, pp. 395-452, 1995.

Torns, Teresa y Miguélez, Fausto (coord..) (2000). *Tiempo y ciudad. El estudio del tiempo en la ciudad más allá de su dimensión horaria*, Barcelona: Consell Econòmic i Social de Barcelona.